

Intervención
José Ramón Bauzá
Ponencia Social

Sevilla, 18 de febrero de 2012

Buenos días,

Partiendo de la gran verdad que es que la mejor política social es el empleo, porque con empleo se generan oportunidades y bienestar, y que el objetivo básico ahora mismo debe estar enfocado a generar trabajo, voy a centrar mi intervención en algo que está muy vinculado al trabajo y al desarrollo social, y que requiere de un gran impulso, de un gran cambio desde ya, porque los resultados nunca pueden ser a corto plazo y no hay tiempo que perder: hablo de la EDUCACIÓN. No construiremos una España mejor sin una mejor educación. No seremos competitivos, no consolidaremos nuestro desarrollo si no solucionamos el problema que actualmente tenemos.

Porque es evidente que tenemos un problema. Lo refleja el INFORME PISA 2009, que nos sitúa muy lejos de la media de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) en materias como la lectura, las matemáticas y ciencia. Tenemos un índice de fracaso escolar del 26 por ciento, y abandono del 28,4 por ciento, doblando la media de la Unión Europea (14,4)... Estamos a la cola de los países de la Unión Europea. Es decir, nuestro sistema educativo no sirve, no funciona.

Y lo que hay que hacer con las cosas que no sirven o no funcionan es cambiarlas. Esto es una obviedad que no siempre se cumple, pero el entorno de crisis que tenemos no nos permite aplazar ningún cambio necesario, es urgente acometer una reforma y hacerlo sin experimentos, apoyándonos en la ciencia, con verdades incuestionables y con un sistema que nos permita medir los resultados de forma objetiva, de los alumnos y de los profesores y centros.

Ese cambio debe hacerse siguiendo una estrategia nacional de calidad de la educación, aunque las competencias estén transferidas a las CCAA por su carácter estratégico y fundamental en el futuro de España debemos de trabajar con un proyecto integral, en el que estemos todos.

Debemos impulsar una nueva mentalidad en la educación, que es la que busque la excelencia en todo momento. Para esto debemos recuperar valores como el esfuerzo, el mérito, la satisfacción por el trabajo bien hecho, la autoexigencia, la responsabilidad, el respeto a la figura del profesor... Hay que desarrollar un sistema que tenga como objetivo sacar lo mejor de cada

alumno, y que le dé unos valores que le acompañarán siempre y que junto con los conocimientos que irá adquiriendo a lo largo de su formación y de su vida laboral será su valor, su factor competitivo.

Para mejorar los resultados es imprescindible saber cuál es nuestro punto de partida. Hay que evaluar los conocimientos con una prueba de carácter nacional. Esto nos permitirá impulsar la calidad, y poder corregir constantemente y localizar dónde estamos fallando.

Pieza fundamental de este sistema deben ser los profesores. Hay que devolverlos al centro de la vida educativa. Para tener éxito en la búsqueda de la excelencia debemos atraer y seleccionar a los mejores profesores. Porque esos valores que queremos recuperar y esa formación será posible si contamos con los mejores profesionales, y si les ayudamos dándoles los medios necesarios para alcanzar los objetivos. Ya hay algunas comunidades que han aprobado normativas, queremos que los profesores tengan la consideración de autoridad pública.

Quisiera recordar una verdad obvia, pero que no podemos perder de vista:

El primer y verdadero pilar de nuestra política educativa se encuentra en el artículo 27 de la Constitución y en las Leyes Orgánicas que lo desarrolla.

A las instituciones les corresponde, en efecto, poner las herramientas para que se cumplan los mandatos de la ley, pero el camino está trazado para todos. Es un camino determinado por una serie de valores universales e inamovibles que no tenemos que inventar ni reinventar. Están en la ley, y se resumen así:

En un estado social y de derecho, la educación debe garantizar la igualdad de oportunidades de todos los individuos en su formación. Es decir, que la preparación que garanticemos a los alumnos debe servirles para:

Ser libres, y poder ejercer esa libertad.

Obtener un puesto de trabajo digno, esto es, adecuado a sus capacidades, a su vocación y a su esfuerzo.

También debe funcionar como el eje fundamental de los valores que vertebran nuestra sociedad. Hablo de valores transversales, asumibles por

cualquier ciudadano responsable y demócrata. Son dos valores básicos: la igualdad y la libertad. Y aunque cada uno, desde su posición ideológica, puede poner el acento en uno de esos dos extremos, todos los demócratas compartimos esos valores.

Los centros educativos han de transmitir esos valores: pero no en forma de discurso o doctrina, sino por la pura lógica de su funcionamiento. Por los hechos, más que por las palabras. Es decir: nuestra educación tiene que respetar la libertad individual y garantizar la igualdad de oportunidades.

Vivimos, no hace falta decirlo, en un tiempo de crisis. Es decir, de cambio y en gran medida de confusión. Una época en la que las cosas ya no parecen valer lo que valen. Precisamente en momentos así es cuando cobra más importancia el valor de la educación.

Thomas Jefferson decía una cosa que me gusta recordar a menudo: “El coste de la educación es infinitamente inferior que el coste de la ignorancia”.

La cita es muy oportuna y resume una intuición, o convicción, que todos tenemos (o que todos decimos tener).

Pero es que, además, a estas alturas ya tenemos estudios absolutamente exhaustivos que establecen la verdad literal de esta idea.

Hace poco, un equipo de sociólogos norteamericanos (Raj Chetty y John Friedman de Univ. Harvard, i Joahn Rockoff de Univ. Columbia) han publicado los resultados de una investigación muy completa que demuestra que la calidad de la enseñanza recibida en primaria y secundaria condiciona la trayectoria profesional del alumno:

Es decir, una enseñanza mejor a edad temprana se traduce, años después, en un sueldo superior.

La constatación vale para los individuos pero también para las sociedades:

Si se quiere ser competitivo, hay que apostar por la educación y la formación.

Si se quiere generar riqueza, y que ese crecimiento se sostenga en el tiempo, hay que apostar por la educación.

Estas son evidencias que, tal vez comprensiblemente, a veces quedan aparcadas u olvidadas en la discusión pública.

Es como si la educación fuera el “software” de una sociedad: no es tan visible como otros elementos. Además, sus resultados se obtienen a medio o largo plazo. Por eso, ocurre que todo el mundo afirma darle importancia a la educación, pero pocas veces se la trata como una urgencia.

Y lo es. Porque en esta sociedad abierta y globalizada, serán sin duda la educación y la formación las que permitirán a los ciudadanos de las próximas generaciones afrontar los retos del futuro en igualdad de condiciones que el resto de jóvenes de nuestro entorno europeo.

La preparación en las materias básicas, en lenguas extranjeras, o en tecnología, es una de las mejores políticas para disminuir el paro juvenil, lacra de la sociedad española y uno de los principales retos de nuestro país.

Para resolver ese reto, no podemos conformarnos con constatar que se necesita una toma de conciencia social para impulsar la mejora de la educación; o recordar las dificultades de siempre (culturales, de tradición, de carencias históricas...) y las nuevas, que tienen forma de limitaciones presupuestarias.

Todo esto encierra parte de verdad, pero desde las instituciones tenemos la obligación de hacer reformas, y de hacerlas bien. Porque son necesarias, y porque pueden, efectivamente, mejorar mucho las cosas.

Esas reformas pendientes son, básicamente, las siguientes:

- Mejorar las competencias básicas.
- Fomentar la formación dual escuela-empresa, logrando que la formación se ajuste a las necesidades reales del mundo laboral.
- La reforma del bachillerato anunciada por el ministro Wert, y que deberá servir para hacer más completa y más densa la formación de los alumnos que accedan a él.
- La apuesta por una universidad más competitiva.
- La relación entre la FP reglada y la concebida para la ocupación.

- Y el dominio de las tecnologías de la información.

Todo ello, en definitiva, resumido en una idea básica: la apuesta por la excelencia académica.

El economista Roland Fryer ha demostrado que los mejores resultados académicos se obtienen cuando el centro educativo convierte en prioridad, precisamente, la excelencia académica (y no, por ejemplo, los sentimientos o el espíritu lúdico).

La mejor forma de transmitir valores cívicos y humanos de calidad es apostar por la excelencia académica, que es sinónimo de esfuerzo, curiosidad, pasión crítica y ganas de aprender.

Así, por ejemplo y como hemos dicho alguna vez, el éxito escolar provoca una mejor convivencia en el centro.

Y es que una de las consecuencias de una enseñanza de calidad es, también, una mejora moral del individuo. Aunque alguna vez de puso de moda negarlo, en general leer, estudiar y aprender son actividades que no solo mejoran nuestras expectativas de futuro. También nos mejoran a nosotros.

Esos han de ser nuestros objetivos.

Muchas gracias.